

Ecosocialismo descalzo en el Siglo de la Gran Prueba

Jorge Riechmann

¿Todos los hombres pobres han de tener un coche?

■ “Que todos los hombres pobres tengan un coche”, reivindicó Gloria Fuertes en un verso de su bienintencionada LETANÍA antibélica en *Garra de guerra...* Quizá tal aspiración tuviese algún sentido en un planeta Tierra con una vigésima parte de la población humana actual y una economía poscapitalista de *steady-state* (homeostática), es decir, en un mundo imaginario; pero pedir algo así en la época de la Gran Aceleración implica una dramática ceguera con respecto a cuestiones básicas ^{1/} (dónde estamos, sobre qué bases biofísicas se apoyan nuestras formas de vivir, qué perspectivas realistas podemos dibujar en el Siglo de la Gran Prueba) (Riechmann, 2013).

Estamos en situación de *overshoot* o extralimitación ecológica, desestabilizando el clima, sobreconsumiendo toda clase de recursos bióticos y abióticos, y aniquilando la biodiversidad planetaria (Steffen y otros, 2015b; WWF, 2016). Pero aceptar la significación de los límites biofísicos contra los que topan los sistemas humanos no es fácil –tampoco para las izquierdas–. Las dimensiones centrales de la cultura prometeica de la Modernidad, con su idea de Progreso, se han construido negando esos límites. Comprender que no hay recursos naturales ni espacio ambiental para que dos mil o cuatro mil millones de “hombres pobres tengan un coche” nos obliga a cuestionar todo un curso civilizatorio, una trayectoria que hemos emprendido hace ya siglos. Gloria Fuertes clamaba contra la guerra, pero semejante nivel de vesania automovilizante

^{1/} La ruptura socio-ecológica asociada con la transición a la fase “fordista” del capitalismo (en 1920-1950) resultó ser incluso más importante, en términos de impacto humano sobre la biosfera, que la que ya antes se había dado con el comienzo de la Revolución industrial: comenzó entonces lo que luego hemos llamado la Gran Aceleración. En el período 1950-2000 el consumo mundial de energía primaria se multiplicó por cinco, posibilitando que durante el mismo período el PIB mundial se multiplicase por siete, la población humana por algo más de dos... y las emisiones de dióxido de carbono (el principal gas de “efecto invernadero”) casi por cinco. Hacia 1980 la huella ecológica conjunta de la humanidad superó

la biocapacidad del planeta: era obvio que el choque de las sociedades industriales contra los límites biofísicos de la Tierra se había convertido en el determinante fundamental de nuestra época. “La segunda mitad del siglo XX es única en toda la historia de la existencia humana en la Tierra. Muchas actividades humanas llegaron a puntos de despegue en algún momento del siglo XX y se han acelerado bruscamente hacia el final del siglo. Los últimos cincuenta años del siglo XX [y lo que llevamos del siglo XXI, J. R.] han visto sin duda la más rápida transformación de la relación humana con el mundo natural de toda la historia de la humanidad” (Steffen y otros, 2015a).

2. CRISIS CIVILIZATORIA, CAPITALISMO Y ESTADOS

(que comparten todas las izquierdas productivistas) es *también una forma de guerra* (contra la naturaleza, y por ende contra nosotros mismos).

Dos momentos clave en el decenio de 1970

“El desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo social constituye la tarea histórica y la justificación del capital”, escribió Marx en los borradores a partir de los cuales Engels compuso el tercer libro de *El Capital* (Marx, 2000: 341). Pero decenios antes, en otro borrador, Marx y Engels anticiparon la posibilidad de que las fuerzas productivas muten en fuerzas destructivas (sección segunda del primer capítulo de *La ideología alemana*, escrita en 1845-46) ^{2/}. Es decir, puede darse una fase histórica en la cual esa maduración de las fuerzas productivas lleve demasiado lejos; un desarrollo capitalista que sobrepase ciertos límites, tras los cuales prevalezca con vigor su carácter destructivo. ¿No indica todo que ese giro histórico tuvo lugar en la fase de Gran Aceleración antes evocada —esto es, en la segunda mitad del siglo XX—?

Será el ecomarxismo de los decenios últimos del siglo XX el que se haga cargo de que, en las condiciones en que el capitalismo se encuentra en el período actual, *lo destructivo pesa enormemente en comparación con lo productivo*. De manera que debemos hablar, como lo hacía Manuel Sacristán, de fuerzas productivo-destructivas: el guión une los dos términos en una realidad crecientemente indisociable.

Dos momentos clave nos permiten visualizar los caminos errados que se tomaron en los años setenta del siglo XX. En 1968 el aplastamiento de la “primavera de Praga” marcó el final de las esperanzas de renovación interna del sistema soviético; pero en el Chile de Salvador Allende y la Unidad Popular, desde 1970, avanzaba la experiencia quizá más importante de transición socialista democrática que el mundo había conocido. Uno de los aspectos de la misma fue el desarrollo del proyecto CYBERSIN (“sinergia cibernética”), bajo la dirección del científico británico Stafford Beer (Medina, 2013). Con los limitados recursos informáticos de la época, se trataba de un intento de planificación económica en tiempo real que pretendía indicar vías técnicas de salida al complejo debate sobre el cálculo económico en el socialismo que había recorrido, desde los tiempos de Pareto y von Mises, toda la convulsa historia del siglo XX. Pues bien: de manera altamente simbólica, una de las destrucciones que de inmediato llevó a cabo el sañudo golpe militar del 11 de septiembre de 1973 fue precisamente la del sistema CYBERSIN. ¿Planificación económica que funcionase? Inaceptable: el golpe de Pinochet lanzaba al basurero de la historia la posibilidad de una solución

^{2/} Ese paso de *La ideología alemana* reza así: “En el desarrollo de las fuerzas productivas, se llega a un estadio en el que nacen fuerzas productivas y medios de circulación que sólo pueden ser nefastos en el marco de las relaciones existentes y no son ya fuerzas productivas, sino fuerzas destructivas (el maquinismo y el dinero).”

“computacional” (informática-cibernética) a los históricos problemas de planificación y cálculo de precios, precisamente en el momento en que un rapidísimo desarrollo científico abría nuevas perspectivas.

Otro esfuerzo de incalculable significación acabó, en aquel decenio de 1970, en la papelera de la historia. En 1972, el Informe Meadows sobre *Los límites del crecimiento* (el primero de los informes al Club de Roma) había puesto en marcha un debate mundial sobre crecimiento económico y límites biofísicos (Bardi, 2014; Santiago Muíño, 2016).

“... debemos hablar, como lo hacía Manuel Sacristán, de fuerzas productivo-destructivas”

1980 fue la fecha de publicación del informe *Global 2000* encargado por el presidente estadounidense Carter. Esta obra representa en cierta forma el cénit –y también el canto del cisne– de aquel contradictorio proceso de concientización mundial sobre la crisis ecológico-social que se había desarrollado en los años sesenta y

setenta. Pero lo que hizo con *Global 2000* Ronald Reagan, el presidente entrante en 1981, fue tirarlo a la papelera –y llamar a los dirigentes de la industria del petróleo a su círculo de consejeros–. Inauguraba con ello la “Era de la Denegación” neoliberal-neoconservadora, que nos ha llevado hasta la trágica situación donde hoy nos hallamos...

Los crecimientos exponenciales incrementan exponencialmente la gravedad de los problemas

Hoy los investigadores e investigadoras en ciencias de la Tierra nos llaman la atención sobre lo excepcional de esos decenios de desbocados crecimientos exponenciales (en la posguerra de la Segunda Guerra Mundial) que hay que llamar la Gran Aceleración; los geólogos nos advierten sobre el Antropoceno ^{3/}; y sociólogos-filósofos como Hartmut Rosa tratan de desentrañar los mecanismos de nuestra enloquecida aceleración social (Rosa, 2016).

Los crecimientos exponenciales incrementan exponencialmente la gravedad de los problemas. Que nos permitamos ignorar algo tan obvio resulta demencial. La “ley de Moore” contra la ley de la entropía: ésa es la apuesta de Silicon Valley en los arranques del siglo XXI. Cuesta creer que el mundo sea tan descabelladamente irracional como para seguirles el juego, pero así es.

^{3/} El Antropoceno –término acuñado en 2000 por el químico holandés Paul J. Crutzen (1933), ganador en 1995 del Premio Nobel de su especialidad por sus aportaciones a la química del ozono en la atmósfera terrestre– es la era en la que el impacto conjunto de la humanidad en la Tierra iguala o sobrepasa el poder de las fuerzas naturales (geológicas y biológicas): “Las características específicas

del cambio global [1. rapidísimo, 2. antropogénico] han llevado a proponer el término *Antropoceno* para referirse a la etapa actual del planeta Tierra. Es un término propuesto (...) para designar una nueva era geológica en la que la humanidad ha emergido como una nueva fuerza capaz de controlar los procesos fundamentales de la biosfera” (Duarte, 2006: p. 24).

2. CRISIS CIVILIZATORIA, CAPITALISMO Y ESTADOS

La creencia básica de nuestra sociedad –casi nunca formulada de manera explícita– es que la tecnociencia prevalecerá sobre las leyes de la física y la biología (termodinámica y ecología, sobre todo). Sin esa creencia no podría mantenerse la fe en el crecimiento económico constante y el “progreso”. Es una creencia profundamente irracional, pero la cultura dominante la mantiene contra viento y marea...

En estas navidades de 2016-17 me fijé en una gran valla propagandística de Renfe, cerca de la estación de cercanías de Las Matas: AVE MADRID-LEÓN EN DOS HORAS. Esos son los triunfos de que podemos enorgullecernos, nos conmina la ideología dominante... Ay, la mayor parte de la sociedad española asumió con entusiasmo el fetichismo de la velocidad y el crecimiento económico –contra los valores alternativos de justicia, “igualibertad”, autonomía, medida humana, sustentabilidad, biofilia...–. El sistema sólo ve una carrera entre la autodestrucción y la tecnología, pero la verdadera carrera es entre cambio sistémico y destrucción. Seguir adelante por la senda de la guerra contra la naturaleza, la devastación del futuro, la competencia destructiva de los grupos y los seres humanos entre sí... nos conduce al colapso.

Colapsar mejor

Si atendemos a la mejor información científica disponible, resulta difícil evitar la conclusión de que estamos en una trayectoria de colapso **4/**. La primera persona del plural se refiere a esa civilización industrial que, en la forma de capitalismo fosilista y patriarcal, se ha hecho por desgracia dominante en el mundo entero (dos reflexiones recientes en nuestro país: Taibo, 2016 y Casal Lodeiro, 2016).

Eso no quiere decir “destrucción del planeta” (el fenómeno vida es extraordinariamente persistente, fuerte y resiliente; la vida como tal seguirá adelante) sino destrucción de las perspectivas de vida buena para los seres humanos, y por supuesto para muchos otros seres vivos también. Quiere decir ecocidio acompañado de genocidio.

Quizá una imagen que capta bien la situación en que nos encontramos sea la siguiente. En su huida hacia adelante, las sociedades industriales se parecen a un corredor en una carrera de obstáculos, pero con vallas que van acercándose y aumentando de altura (¡rendimientos decrecientes condicionados por la segunda ley de la termodinámica!)... y el corredor lo fía todo a sus zapatillas mágicas, que la multinacional del ramo está a punto de construirle, le aseguran **5/**.

Una valla es el cénit del petróleo (*peak oil*), pero un poco más allá está la valla aún más temible del “pico” conjunto de todas las formas no

4/ Asunto que se halla en nuestro orden del día desde 1972, con la publicación del famoso “informe Meadows” *The Limits to Growth*. Véase Meadows/Randers/ Meadows 2006.

5/ En 2016, Adidas y Nike prometían a los corredores de fondo construir “zapatillas mágicas” para posibilitar récords mundiales en maratón que rebajen la barrera de las dos horas.

renovables de energía. Y muy cerca de ella el agotamiento de los fosfatos (con devastadoras consecuencias para el modelo dominante de agricultura industrial). Y un poco más allá la esquilmación de los acuíferos, y también la de las pesquerías mundiales. Y cerca, igualmente, los “picos” de metales y minerales esenciales para las economías industriales, desde el neodimio al litio pasando por el tantalio. Y también múltiples vallas vinculadas con la degradación de los ecosistemas y la Sexta Gran Extinción de especies vivas... Y las terribles vallas del calentamiento global, claro está, con sus múltiples consecuencias (entre ellas la acidificación de los océanos). Un horizonte que, según las previsiones optimistas, se tornará apocalíptico en la segunda mitad del siglo XXI; y según las previsiones pesimistas, antes de esas fechas (dentro de lustros, no de decenios). Compañeros, compañeras, ¿seguimos debatiendo acerca de la Renta Básica y el sexo de los ángeles –o intentamos hacernos cargo de la realidad?

Resulta demasiado arriesgado fiarlo todo a las zapatillas mágicas de la tecnociencia (por no hablar del significado ético de tanta devastación)... Así que todo indica que el colapso ecosocial va a producirse, sí o sí. En el brutal choque del capitalismo contra los límites biofísicos del planeta que determina nuestro presente, basta con poder posponer uno de esos choques contra un límite concreto unos años en el tiempo para ver aparecer otro límite enseguida, aún más imponente. Y miremos hacia donde miremos, por lo demás, los plazos se nos han acertado. No es realista –creo yo– seguir planteando horizontes de cambio a 2050. Lo que necesitaríamos es una “contracción de emergencia” anticapitalista e igualitaria, ecosocialista y ecofeminista –pero ¿hay fuerzas para ello?

Publiqué en 2013 mi libro *Fracasar mejor*. Creo que hoy se trata no de realizar la clase de sueños utópicos que ha alentado la Modernidad (¿nos daremos cuenta de que hemos elaborado una concepción fosilista de la emancipación humana?) **6/**, sino de *colapsar mejor*.

Aprender de pasadas experiencias de colapso

¿Hay modelos para los duros tiempos que vienen? En lo histórico-social, aunque comprensiblemente tendemos siempre a buscar modelos (de forma “humana, demasiado humana”), deberíamos ser conscientes de que éstos apenas existen como tales. Demasiado singulares son los rasgos de cada concreta formación social en cada situación histórica concreta. ¿Quiere esto decir que no podemos aprender de las experiencias históricas del pasado? De ninguna manera –aunque ello nos cueste tanto–.

6/ Los movimientos socialistas (en sentido amplio: comunistas, socialistas, anarquistas) necesitan *una idea no fosilista de la liberación* –y para eso deberían repensarlo casi todo–. Y lo mismo sucede con los movimientos feministas, los movimientos antirracistas, los movimientos animalistas...

De ninguna manera –aunque ello nos cueste tanto–. (*Homo sapiens* acumula cantidades ingentes de conocimiento, suele decir John Gray, pero parece congénitamente incapaz de aprender de la experiencia.)

2. CRISIS CIVILIZATORIA, CAPITALISMO Y ESTADOS

De Cuba podríamos aprender lecciones valiosas: de qué forma una sociedad industrial compleja y petrodependiente hace frente a una súbita escasez energética, como ocurrió allá cuando la implosión de la Unión Soviética redujo drásticamente el abastecimiento de petróleo en muy poco tiempo, a partir de 1991-92 ^{7/}. Pero otras experiencias históricas nos ofrecen también lecciones parciales, de las que cabe aprender: el libro *Colapso* de Jared Diamond está precisamente articulado sobre esa premisa, vale la pena releerlo (Diamond, 2006).

Un caso interesante es Bizancio. Confrontado a la posibilidad de colapso, Bizancio reaccionó bien: Joseph A. Tainter contrasta el Imperio romano de Occidente, y su triste final, con el imperio bizantino donde en el siglo VII se adoptó “una estrategia que es realmente rara en la historia de las sociedades complejas: la simplificación sistemática” (Tainter, 2006: p. 97).

Me gustaría insistir sobre algo que enfatizaba Joaquim Sempere (uno de los escasos intelectuales ecosocialistas de nuestro país, de la escuela de Manuel Sacristán) en una reciente entrevista que le hizo Nuria del Viso, y que se publicó en la web de FUEM-Ecosocial y en *Rebelión*: “La sociedad productivista-consumista genera incesantemente expectativas materiales cada vez más altas, lubricando así la tendencia al crecimiento, pero con efectos psicológicos y morales devastadores porque reproducen sin cesar la insatisfacción (que a su vez realimenta el deseo de más cosas). Tenemos que aprender a controlar la formación de nuestras propias expectativas, a adaptarlas a lo que es psíquicamente razonable y ecológicamente posible. La palabra clave en esto es autocontención” (*Rebelión*, 16 de diciembre de 2016).

Pues eso: la clave es la autocontención.

Ecosocialismo descalzo

Si examinamos modelos contemporáneos de *feasible socialism* –como la democracia económica de David Schweickart, o la *parecon* (economía participativa) de Michael Albert– uno no puede dejar de preguntarse: ¿hay aún recursos en el planeta Tierra –combustibles fósiles en primer lugar– para una sociedad industrial de alta tecnología y alta complejidad?

Nuestra cultura tecnólatra cree que el ingenio humano prevalecerá frente a las leyes de la termodinámica y la ecología; pero es un sueño delirante al que seguirá un despertar doloroso. Esta cultura tiene problemas masivos para asumir la realidad y fijar prioridades correctamente. Se da por sentada la continuación de una sociedad de alta energía, abundancia de recursos naturales, gran complejidad, alta tecnología

^{7/} Emilio Santiago Muño ha escrito una excelente tesis doctoral sobre el “Período Especial” cubano, con la vista puesta en nuestros propios “Períodos Especiales” hacia los que vamos: se titula *Opción Cero* y está disponible en su blog (*Los Niños Perdidos*, entrada del 16 de marzo de 2016): <https://enfantsperdidos.wordpress.com/2016/03/16/opcion-cero-sostenibilidad-y-socialismo-en-la-cuba-postsovietica/>.

—que sencillamente no está ya en nuestro futuro—. ¡Nuestra idea de la liberación humana —y animal— es fosilista! El petróleo —la inmensa riqueza energética de los combustibles fósiles— nos metió en una trampa. Pero no es una trampa sólo económica, ni ecológica; es una trampa antropológica.

He acuñado la expresión “ecosocialismo descalzo” por analogía con la *economía descalza* de Manfred Max-Neef (Riechmann, 2016). No deberíamos esperar soluciones *high-tech* y sociedades de alta energía, sino más bien —como mejor posibilidad— comunidades con algo de industria ligera, basadas en tecnologías intermedias... Pero bajo la premisa de una gran descomplejización; y la expectativa de un nivel de vida muy modesto en lo material, en comparación con lo que hoy —de forma nada plausible— sigue prometiendo la ideología dominante.

“... todo indica que el colapso ecosocial va a producirse, sí o sí”

Ecosocialismo descalzo es socialismo ecológico libre de prometeísmo, que se hace cargo de los límites biofísicos del planeta y los determinantes de la condición humana. Hoy el desafío principal es mantener el nivel de civilización que a trancas y barrancas se logró de forma parcial en el siglo XX (democracia, derechos humanos, seguridad social con sanidad universal, etcétera) con un consumo de recursos naturales reducido drásticamente (a una décima parte del actual, si pensamos en las sociedades prósperas como la española hoy). A esto Harald Welzer lo llama una Modernidad decreciente, o menguante, o contractiva (*eine reduktive Moderne* frente a la Modernidad expansiva que marcó los últimos cinco siglos); yo lo llamo ecosocialismo descalzo.

Ivan Illich como piedra de toque

El pensador antiproduccionista y antidesarrollista Ivan Illich (1926-2002) ha resultado muy problemático para las tradiciones de la izquierda. Mi maestro Manuel Sacristán se refería al “ambiguo privatismo” de Illich en una conocida entrevista con la revista mexicana *Naturaleza* en 1983. Para decirlo sin rodeos: diferentes familias de la izquierda han tendido a ver a Illich casi como un intelectual reaccionario, pero ese juicio, en el segundo decenio del siglo XXI y en medio del colapso civilizatorio en que estamos, necesita revisión. Su gran aportación —expresada en mis propios términos— es la idea de que sobrepasados ciertos límites, el desarrollo se convierte en un *sobredesarrollo* contraproducente. Hay que releer *Energía y equidad* (1973) y otros textos suyos, que contienen mucha crítica acertada y sugerencias valiosas. También desaciertos, claro, pero ¿con qué autor o autora no sucede algo semejante?

Por ejemplo, uno de esos desaciertos en Illich es un desenfoque importante: apuntaba su artillería pesada contra un *Welfare State* que

2. CRISIS CIVILIZATORIA, CAPITALISMO Y ESTADOS

se le aparecía cuasi-orwelliano, como si ése fuese el futuro de las sociedades industriales (así por ejemplo en Illich, 2015), y lo que vino fue la “nueva razón del mundo” neoliberal de Thatcher y Reagan...

Otra limitación que cabe indicar: el ecologismo ha promovido y sigue promoviendo –en mi opinión– tres valores básicos: supervivencia (o autoconservación), autonomía (libertad humana en sentido fuerte) y biofilia **8/**. Pues bien, de esa terna o tríada de valores básicos de los movimientos ecologistas, Illich se fijó en el segundo, pero apenas en los otros dos. Es un extraordinario analista y activista de la autonomía, pero tiene muy poco que decir sobre supervivencia o biofilia: y esto supone, sin duda, una limitación importante **9/**.

¿Por dónde podemos enlazar mejor los marxistas con Illich? Su noción de *contraproductividad* conecta con la intuición marxiana sobre el carácter ambivalente de las fuerzas productivas (que son a la vez fuerzas destructivas). La crítica benjaminiana del progreso también conecta con los cuestionamientos de Illich. Creo que un marxismo benjaminiano puede desarrollarse, sin hacer violencia a los conceptos, hacia un marxismo illichiano, que puede ser un componente valioso de un ecosocialismo descalzo.

Reflexiones finales

En esta línea antiproductivista y antidesarrollista, tiene razón Ted Trainer cuando señala que “la mayor parte de la gente, incluida la mayor parte de la izquierda, comete el error de ver el ‘desarrollo’ en términos unidimensionales, esto es, moviéndose hacia arriba de la rampa a formas del mundo rico. Es crucial salir de esta trampa, ver la posibilidad de un desarrollo ‘apropiado’ que permita una alta calidad de vida con niveles muy bajos de consumo, industrialización, PIB, comercio, inversión extranjera, etcétera. Yo vivo bajo la línea de la pobreza [según la definición de la misma en Australia], pero mi calidad de vida es alta. Todos podríamos vivir de esta forma con una insignificante inversión de capital...” (Trainer, 2016). Trainer

8/ Hay que decir que, por desgracia, ninguno de los tres ha resultado de gran peso frente a aquel valor básico para las sociedades industriales que identificó Cornelius Castoriadis: el incremento ilimitado del (pseudo)dominio (pseudo)racional. Por desgracia para los habitantes –humanos y no humanos– del tercer planeta del Sistema Solar, pero ésa es otra historia.

9/ Otros intelectuales del ecologismo en aquellos años sesenta/setenta, como los esposos Ehrlich por ejemplo, pecaban justo de la limitación contraria: tenían cosas importantes que decir sobre supervivencia y biofilia, pero en cambio eran muy ciegos para las cuestiones de autonomía.

ha desarrollado su propuesta en un libro importante, *La vía de la simplicidad* (Trainer, 2017). Otra buena fuente de análisis y propuestas –que aúna reflexión europea con una intensa inmersión en las experiencias neozapatistas en Chiapas– es el libro de Jérôme Baschet *Adiós al capitalismo* (Baschet, 2015).

Seguimos en el segundo decenio del siglo XXI hablando de la Gran Encrucijada (ése es el título

del notable libro de Fernando Prats, Yayo Herrero y Alicia Torregro publicado hace unos meses), pero en realidad ésta es la que se abría ante la humanidad hace cuatro decenios, en los años setenta del siglo XX. Y entonces tomamos el camino equivocado: la fatídica vía del capitalismo neoliberal de Margaret Thatcher y Ronald Reagan, y nos sumimos en “la larga noche neoliberal”.

En los años setenta del siglo XX, eso que llamo ecosocialismo descalzo podía perseguirse como una opción deseable entre otras opciones posibles. (No difiere esencialmente de lo que Ivan Illich dibujaba como ideal de *madurez industrial y tecnológica* hacia 1975) (Illich, 1974: pp. 71-72). Hoy el elemento de constricción es mucho mayor –porque ya no somos 4 000 millones de seres humanos (ésta era la población humana mundial en 1975) sino que vamos camino de los 8 000 millones, porque hemos ido agotando toda clase de recursos naturales bióticos y abióticos, porque desgarramos cada vez más la trama de la vida, porque está en marcha un calentamiento global devastador...

Ahora ya no se trata de una opción deseable entre varias posibles: si mantenemos el valor de *igualdad* básico para la izquierda, es la opción obligada. Y, pese a ello, resulta obvio que las fuerzas ecosocialistas son minúsculas en el turbulento panorama sociopolítico actual. Nuestras perspectivas, por tanto, parecen hartamente complicadas...

¿Pueden las sociedades *high-tech* ser sustentables en el siglo XXI? Todo indica que la respuesta es “no”. Ésa sería la mala noticia. La buena noticia es que sociedades *low-tech* pueden proporcionar una vida buena a la enorme, excesiva población humana que somos en la actualidad, a condición, eso sí, de transformar a fondo nuestra cultura y valores...

Jorge Riechmann es filósofo y poeta.

Referencias

- Bardi, U. (2014) *Los límites del crecimiento retomados*. Catarata, Madrid.
- Baschet, J. (2015) *Adiós al capitalismo. Autonomía, sociedad del buen vivir y multiplicidad de mundos*. Barcelona: NED.
- Casal Lodeiro, M. (2016) *La izquierda ante el colapso de la civilización industrial*. Madrid: La Oveja Roja.
- Diamond, J. (2016) *Colapso*. Madrid: Debate.
- Duarte, C. (coord.) (2006) *Cambio global. Impacto de la actividad humana sobre el sistema Tierra*. Madrid, CSIC.
- Illich, I. (1974) *Energía y equidad*. Barcelona: Barral.
- (2015) *El derecho al desempleo útil*. Madrid: Díaz & Pons (el original en inglés es de 1978).
- Marx, K. (2000) *El capital*, libro III vol. 1 (traducción de Vicente Romano). Madrid: Akal.
- Meadows, D.H./ Randers, J./ Meadows, D.L. (2006): *Los límites del crecimiento 30 años después*.

2. CRISIS CIVILIZATORIA, CAPITALISMO Y ESTADOS

- Barcelona: Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores.
- Medina, E. (2013): *Revolucionarios cibernéticos: tecnología y política en el Chile de Salvador Allende*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Riechmann, J. (2013) *El siglo de la Gran Prueba*.
Tegueste (Tenerife): Baile del Sol.
- (2016) “Ecosocialismo descalzo para tiempos de descenso energético”, capítulo 3 de *¿Derrotó el smartphone al movimiento ecologista?*
Madrid: Catarata.
- Rosa, H. (2016) *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la Modernidad Tardía*.
Buenos Aires-Madrid: Katz.
- Santiago Muño, E. (2016) “Cuatro décadas perdidas. Los límites del crecimiento y sus escenarios de futuro”.
Revista de Occidente 425, Madrid.
- Steffen, W., y otros (2015a) “The trajectory of the Anthropocene: The Great Acceleration”, *The Anthropocene Review* vol. 2 num. 1, abril de 2015. Disponible en: <http://anr.sagepub.com/content/early/2015/01/08/2053019614564785.abstract>.
- Steffen, W., y otros (2015b) “Planetary boundaries: Guiding human development on a changing planet”, *Science* vol. 347 num. 6223, 2015; DOI: 10.1126/science.1259855.
Disponible en: <http://science.sciencemag.org/content/347/6223/1259855>.
- Taibo, C. (2016) *Colapso*. Madrid: Catarata.
- Tainter, J.A. (2006) “Social complexity and sustainability”.
Ecological Complexity, 3.
- Trainer, T. (2016) “El problema es el capitalismo consumista” (entrevista). *Espai Marx*, 20 de octubre de 2016.
Disponible en: <http://www.espai-marx.net/en?id=10171>.
- (2017) *La vía de la simplicidad*. Madrid: Trotta.
- WWF (2016): Informe *Planeta Vivo* 2016. Disponible en: http://www.wwf.es/noticias/informes_y_publicaciones/informe_planeta_vivo/.